

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
SOLAS

Autor/es:
Miguel Ángel Lomillos

Citar como:
Miguel Ángel Lomillos (1999). SOLAS. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42362>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:
SOLAS

Autor/es:
Miguel Ángel Lomillos

Citar como:
Miguel Ángel Lomillos (1999). SOLAS. Banda Aparte. (16).

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42362>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



SOLAS

Benito Zambrano, España, 1998, Color, 98 min.

AMOR DE MADRE PARA UNA
ÓPERA PRIMA

Oroitzén zaitudanean, ama
sukaldean egoten zara
mahaia bostentzat iminita
aulkian eseri eta
leihotik begira,
kristala lausotzen duen lurrina
kendu gabe,
eta ni —badakit—
zeure begien hondoan nagoela ¹
Joseba Sarrionandia

Hay cineastas que tardan en encontrar su lugar, su propio estilo, necesitando quemar antes algunos o muchos cartuchos, independientemente de que luego su carrera pueda o no sufrir meandros erráticos (Bardem, Fernán-Gómez, Saura, Borau, Camus, Chávarri, Suárez, Gutiérrez Aragón, Almodóvar...) y aquellos tocados por la gracia que ya en su primera obra dan un aviso o toque fulgurante, en muchos casos lo mejor de sus carreras: Buñuel (*El perro andaluz*), Llobet Gracia (*Vida en sombras*), Berlanga (*Bienvenido Mr. Marshall*), Ana Mariscal (*Segundo Sombra*), Miguel Picazo (*La tía Tula*), Angelino Fons (*La busca*), Víctor Erice (*El espíritu de la colmena*), Bigas Luna (*Bilbao*), Montxo Armendáriz (*Tasio*), Agustí Villaronga (*Tras el cristal*), Marc Recha (*El cielo sube*)...

Solas, de Benito Zambrano, al margen de lo que sea capaz de hacer después, pertenece ya por derecho propio a la nómina de estos adelantados primerizos, al privilegiado club, dentro del cine español, de los que dieron en el blanco con su *ópera prima* (expresión nunca tan certera en sus dos acepciones).

Sorprende ciertamente, en el acartonado cine español, encontrarse de repente una película fresca, auténtica, sentida y creíble. ¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se ha producido el milagro?

En primer lugar, actores de verdad y caras poco conocidas, o si prefieren, actores poco conocidos y caras de verdad. Esto no quiere decir, por poner un caso, que Antonio Resines, Carmen Maura, Victoria Abril o Pilar Bardem lo hagan mal del todo (ciertamente, los males del cine español no son achacables únicamente a este colectivo de la Academia, como ellos gustan denominarse), pero si algo resulta evidente es que *Solas* (o el buen guión que la sustenta), no sería la misma con

estos actores y actrices cuyos rostros y étics característicos son reflejados de manera monocorde e inmisericorde hasta en la sopa televisiva.

Un filme reciente que plantea en su seno esta dialéctica actoral, empero no la resuelve de modo tan convincente como *Solas*, es un filme que también hace bandera de la temática social y de la autenticidad: *Flores de otro mundo*, de Icíar Bollaín. Aquí los actores no conocidos (la cubana, la dominicana, la madre y el hijo del pueblo, etc.) se *comen* literalmente a los "famosos" Pepe Sancho o Chete Lera, pues ningún espectador con dos dedos de frente se imagina a estos dos sujetos viviendo en Santa Eulalia de la Sierra, provincia de Guadalajara.

O sea, que la vida (y/o el cine) es policromada y multiforme, donde todavía anidan los seres de carne y hueso, y que por fin alguien se haya dado cuenta de ello, o haya sabido plasmarlo, es muy de agradecer. La otra razón poderosa de la frescura y el buen hacer de *Solas* está en sí misma: una historia bien construida, sensible, sencilla, que emociona profundamente, sin echar mano de truculencias y aspavientos, como el buen cine de toda la vida.

Solas nos habla de la soledad (de mujeres y hombres). Del machismo. De la pobreza. Del amor (... y sobre todo de la falta de amor). Los temas esenciales de siempre: nada que no sepamos ya, ni dicho de otra manera que no conozcamos. Pero Zambrano, dueño de una mirada de mucha longitud, los trata de una manera a la vez cruda y elegiaca, frontal y oblicua, naturalista y poética, de tal forma

que el relato crece, lleno de honda emoción, con voluntad de crítica (al machismo de típico signo hispánico) y con arrobos de ensalzado canto (al amor incondicional de la Madre).

Así es. Entre la desolada soledad de la madre y el machismo exacerbado del padre, se cuele la historia desquiciada de



Solas

la hija que, en su absoluto desarraigo y las penurias de su "lucha por la vida", imitará sin darse cuenta los comportamientos masculinos del padre que tanto detesta (alcoholismo, frialdad afectiva y un "presunto" novio tan repugnantemente machista como el padre). Será esta

1. Siempre que te recuerdo, madre / estás en la cocina / la mesa está puesta para cinco / sentada en la silla / miras por la ventana, / sin quitar el vaho que empaña el cristal, / y yo —lo sé muy bien— / estoy en el fondo de tus ojos.

madre con olor a pueblo y rostro sufrido pero apaciguado la que, poco a poco, como sólo las madres saben hacerlo, irá insuflando calor y vida al solitario y desesperanzado domicilio de la joven. La madre recalará en el apartamento de la hija una corta temporada, el tiempo que el padre se recupera de una operación en el hospital de la ciudad, antes de volverse al pueblo. A la par de los cuidados y atenciones que la madre brinda a su hija (recados, comida, limpieza, el regalo de las plantas

tras ser rechazada por el hombre-macho, le asolan las terribles dudas y miedos sobre la conveniencia de traer un hijo al mundo en tan dolorosas condiciones (soledad, tentación del alcohol, estrecheces). Sin embargo, en el otro lado de la balanza pugnan dos poderosos elementos *femeninos*: uno, la vuelta a la madre conformada en regazo apaciguador, así como la vivencia de su propia maternidad y dos, la maravillosa mediación del vecino-amigo (a quien podríamos definir, simbólicamente, como *señor femenino*): ella necesita seguridad económica y él la afectividad segura que le proporcionará un niño o nieto.

Dialogía afectiva, colusión supraeconómica, síntesis superadora entre la madre soltera, pero sin recursos y el viejo solo, pero con pensión. Se diría que Benito Zambrano ha aplicado con acierto la clave fundamental de la filosofía de la implicación del hermenéuta Andrés Ortiz-Osés². ¿Importa algo que los seguidores del *realismo ingenuo* delimiten o reduzcan tal solución dialéctica al plano utópico? ¿Es que el sentido (lo sentido, las emociones) no fluctúa siempre en ese no-lugar (*utopos*) donde habita el imaginario antropológico? Ciertamente resulta muy de agradecer

bre, por otro lado compatible con la tipología de personaje y la seriedad del asunto) y descompensar un poco el *tonus* poético que empujaba el relato (quedan sin embargo esas pausas en la conversación en las que el hombre mira por la ventana y habla con su perro).

De cualquier forma, esa maravillosa mediación o complementariedad entre el viejo y la joven no es más que la huella o estela inmanente que siembra la madre hacia la unión de estas dos soledades. De ahí que la escena final en el cementerio se dé como tributo a la madre y sea la voz de la hija (ahora con su hija en brazos y en compañía del "abuelo") la que retribuye a la *materfamilias* la memoria afectiva, no sin cierto toque de humor andaluz ("¿Qué pena que nuestro amigo no sea más joven!").

Solas se alza como un canto al arquetipo de la Madre. Abandonada por los hijos adultos que ahora viven su vida, humillada permanentemente por el marido (en otro tiempo incluso golpeada), su vida se resume en desvivirse por los demás. Una mujer que lo da todo, que sufre en silencio, silencio hecho a partes iguales de infinito amor y de acatado sometimiento (se diría que su *maternal* amor le impide rebelarse contra el cruel esposo). ¿Quién consuela entonces a esta madre de indecible candor? Obviamente el autor del filme, pues de hecho a ella/ellas se dedica este poético y entrañable filme (la estampa de la madre en la mecedora, de espaldas, a *solas* frente a la inmensa soledad del campo en una intemporal hora crepuscular sublima cual poderosa *imago* la muerte y regreso a la *mater-materia*).

En estos tiempos en que parece estar de moda hablar de la soledad femenina (el libro con el mismo título de Carmen Alborch, por ejemplo) o de la maternidad plena y exaltada (la última película de Almodóvar, por ejemplo), *Solas* se mantendrá firme e imperecedera en el panorama del cine español: nació con un inquebrantable y humilde espíritu de clasicismo. Al lebrijano Benito Zambrano su ópera prima le salió de madre. Es decir, de puta madre.

MIGUEL ÁNGEL LOMILLOS



Solas

y la mecedora, un jersey que le teje...), la señora conoce a un vecino que vive solo con su perro, un entrañable señor no menos necesitado de contacto humano y con el que traba una amistad que "no puede ser".

En esta tesitura de carencias y desencuentros, escaseces e imposibilidades (los aspectos negativos del matrimonio y la religión subyacen como negros vestigios de la España tradicional), el hecho crucial será el embarazo de la hija. Ello le hace replantearse profundamente su vida:

que Zambrano, como colofón a una historia fuerte y de negros trazos, haya percibido una salida, una abertura, un camino en el universo de los posibles. Y justamente a través de una sabia ritualización de la *coimplicatio oppositorum*, cuyo único "pero" achacable es un cierto exceso en la palabra discursiva entre la joven y el viejo al exponer ambos sus opiniones en las largas escenas finales. La necesidad de verosimilitud le ha hecho a Zambrano tomar el camino del hiperrealismo (cierta "solemnidad" en los parlamentos del hom-

2. Para consultar la obra de este imprescindible filósofo y poeta español, veáanse sus libros de la Editorial Anthropos (la colección *Hermeneusis* que codirige con Patxi Lancersos), y concretamente *Metafísica del Sentido. Una filosofía de la implicación*, Andrés Ortiz-Osés, Universidad de Deusto, Bilbao, 1989.